

todo el oro de este mundo que dejen de tener mucho de flaqueza, ignominia y pena. El poder de un rey muy rico solo llega á que pueda mandar á sus vasallos, y á los que no le obedecieren puede echar en la cárcel, y castigar hasta quitarles la vida: por esto es temido y respetado; pero toda esta potencia de los reyes no es sin ayuda de sus reinos; porque ¿qué le aprovechara al príncipe mandar defender una ciudad, si los soldados que estuviesen en ella no lo quisiesen hacer? Y así un juglar entretenido preguntó á Felipe II: Si todos dijésemos de no á lo que manda V. M., ¿que habia de hacer? dándole á entender como su poder dependia de otros. No solo depende el poder de un monarca de la voluntad de sus súbditos, sino de las murallas, de sus fortalezas, de las armas, instrumentos militares y otras muchas cosas; de suerte, que aunque el pueblo pende de un hombre solo, que es su príncipe, el príncipe depende de muchos hombres y de muchas cosas; y reyes muy ricos se han visto sin poder, como Creso y Andrónico: otros no se han podido defender, con todas sus riquezas, aun de sus mismos vasallos, como Domiciano, Cómodo, Heliogábalo y Julio César; mas el poder del bienaventurado no depende de otro poder ni de otro hombre, el cual dice san Anselmo (1) que será tan grande que no habrá fuerza ni resistencia que le ceda; y si quisiere mover un monte y pasarlo de su asiento á otro, lo podrá hacer con la misma facilidad que movemos de una parte á otra los ojos: y no es esto maravilla, pues aun en esta vida lo prometió Cristo á los que en fe suya quisiesen hacerlo, como se escribe de san Gregorio, el obrador de milagros, y de algunos otros que lo hicieron; que si los Ángeles y aun los demonios tienen este poder, no serán los bienaventurados de menor fortaleza. Cuanto á la honra que quieren los príncipes mas ricos, solo pueden hacer que los adoren de rodillas, y que todos se les sujeten; pero no podrán vedar que les murmuren en ausencia, y que noten todas sus acciones, é interprete el pueblo como quiera. Tienen delante de sí muchos aduladores que con la lengua los alaban, pero con el corazon los desprecian; y por la mayor parte suelen ser menos los que los honran que los que les desdoran, pues son pocos aquellos que tratan con ellos y muchos los que tratan de ellos: y así son pocos los que los alaban en presencia, y muchos los que los censuran en ausencia. Con regalos y gustos ordinarios no se contentan los príncipes; por esto buscan espectáculos y recreaciones costosas, comedias exquisitas: tienen huertos amenísimos, bosques de mucha caza: comen regaladamente; pero nada de esto les basta para que una calentura no les aflija, ó el dolor de cabeza, estómago, gota y otros males no les molesten, ó los cuidados, temores y sobresaltos no les quiten el sueño.

No hay dinero ni oro en este mundo que pueda hacer sus bienes se-

(1) Anselm. de Simil. cap. 31.

guros y cabales, solo en el cielo se hallará este; y así es riquísimo aquel dichosísimo estado en que se halla mas que puedan dar todas las riquezas. Allí tienen un poder tan sin flaqueza (1), que un solo Ángel sin ejército, sin bombardas, sin espada ni lanza mató de una vez ciento y ochenta mil hombres. ¡ Con cuánta facilidad libran los Santos de grandes peligros á los que los invocan, y sin impedirles la distancia del lugar ni estorbarlos la violencia de los tiranos, han ayudado en un momento á sus devotos! Pues la honra de los bienaventurados ¿cuán cumplida será, pues hasta los demonios les han de reverenciar; y aunque viviendo en la tierra muchos los menospreciaron, despues de muertos les reverencian esos mismos, viendo las muchas maravillas que por su intercesion obra Dios. Los gozos tambien son puros y verdaderos, sin mezcla de dolor y pena, y tan grandes como luego veremos. Tambien se debe considerar que esas sumas riquezas de los Santos no son como las de los reyes de la tierra, que se sacan de los tributos que les dan; porque aunque justos no dejan de tener esta mala condicion, que se han de defraudar los vasallos con lo que se ha de enriquecer su príncipe, quitándose de los pobres lo que se ha de dar á los reyes, los cuales han de repartir en sus soldados y ministros lo que recogieron de los labradores y plebeyos. No tienen ninguna tacha las riquezas del cielo, porque á ninguno son cargosas, ni se quita nada á nadie para dar todo á los siervos de Cristo que reinan en el cielo.

#### CAPÍTULO IV.

##### *De la grandeza de los gustos eternos.*

La honra, el provecho y el gusto son tan distintos bienes en la tierra, que pocas veces se hallan juntos; porque la honra no suele acompañarse con el provecho, ni el provecho con el gusto: así el enfermo, por serle provechosa la purga, la bebe, por amarga que sea. Fuera de esto los gustos del mundo son las mas veces vergonzosos y de grande afrenta, y no de menor coste y gasto: hase de disminuir de hacienda lo que se aumenta de entretenimiento y deleite; no es así en los bienes eternos, en los cuales es todo uno: lo que es honesto es tambien útil, y lo útil deleitable: á las honras eternas acompañan riquezas sin fin, y á honras y riquezas siguen gustos inmensos. Todo esto significó el Señor en las palabras con que introdujo al siervo fiel en la gloria, cuando le dijo: *Ea, bien está, siervo bueno y fiel; porque en lo poco fuiste fiel, te levantaré sobre muchas cosas: entra en el gozo de tu señor.* En estas palabras le honra mucho, alabándole de fiel y buen siervo, y juntamente le enriquece con entregarle muchas cosas, y le admite al gusto y gozo de su señor,

(1) IV Reg. xix.

significando en el mismo modo de decir la grandeza de este gozo: porque le dice que entre en el gozo, no que el gozo entrará en él; y ese gozo dice que no es otro que el mismo de su Señor, porque es tan grande el gozo de aquella celestial patria, que llena y comprende por todas partes al alma santa, la cual entra en el cielo como en un piélago inmenso de alegría y deleite. Los gozos de la tierra entran en los que los tienen, y no les pueden llenar; porque es mayor la capacidad del corazón humano que ellos son en sí, y por eso nunca le satisfacen; pero los gozos del cielo reciben al que los gusta, y llenan y redundan por todas partes. Es la gloria como un océano de gozo, en el cual entran los Santos como una esponja entraria en el mar, que empapándose según su capacidad en agua, la sobran aguas y la rodean por todas partes; porque como dice san Anselmo (1): *El gozo estará dentro y fuera; gozo en lo alto y en lo bajo, gozo por todas partes, al rededor, y en todas partes gozo lleno.* Esta misma inmensidad de gozo significó el Señor, cuando dijo por Isaías (2): *Mirad que yo crió á Jerusalem regocijo y á su pueblo gozo.* La novedad de esta sentencia, como de cosa maravillosa, la advierte con aquella palabra *mirad*, captando atención para entender y notar lo que dice; y es mucho para notar que no dijo: *Crió regocijo para Jerusalem ni en Jerusalem; sino con particular misterio dice que cria á Jerusalem, que sea toda regocijo.* No dice: *Dará á su pueblo gozo, y haré que su pueblo esté gozoso; sino que su pueblo sea el mismo gozo.* Habla de esta manera, para significar la grandeza del copiosísimo gozo de que ha de estar rodeada, como anegada aquella ciudad santa y todos sus habitantes: porque así como una lámina de hierro en medio de un grande horno encendido de tal manera se enciende y es penetrada de aquel fuego, que parece el mismo fuego, y tiene todo el ardor del horno; así también el alma bienaventurada toda está llena de aquel gozo eterno, de suerte que no solo se puede decir que está gozosa, sino que es el mismo gozo. Juntanse en el cielo la multitud de gozos con la grandeza de ellos: son tan grandes, que uno solo y el mas pequeño de todos bastaba para hacer olvidar todos los mayores contentos de la tierra; y son tantos, que aunque fueran mil veces mas cortos sobrepusieran á todos los gustos temporales, aunque fueran mil veces mayores de lo que son; pero juntándose la abundancia de los gozos eternos con su inexplicable grandeza, es inefable aquella bienaventuranza eterna: por esto dice san Bernardo (3): *El premio de los Santos es tan grande que no se puede medir, es tan multiplicado que no se puede contar, es tan copioso que no se puede acabar, es tan*

(1) Anselm. cap. 72 de Simil. Gaudium erit intus, et extra, gaudium sursum, atque deorsum, gaudium circumcirca, et ubique gaudium plenum.

(2) Isai. LXIV. Ecce creó Jerusalem exultationem, et populum ejus gaudium.

(3) Bernard. Merces Sanctorum tam magna est, quod non potest mensurari; tam multa, quod non potest numerari; tam copiosa est, quia non potest finire; tam pretiosa quod non potest aestimari.

*precioso que no se puede estimar.* Alberto Magno dice (1): *Hay tantos y tan grandes gozos allí, que todos los aritméticos del mundo no los podrán contar, ni los géometras medir, ni los gramáticos, dialécticos y retóricos ó teólogos explicar; porque ni los ojos vieron, ni el oído oyó, ni vino al pensamiento ó corazón del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman, porque se gozarán los Santos de lo que está sobre sí, que es la visión de Dios, de lo que está debajo de sí, que es la hermosura del cielo y de las otras criaturas corporales, de lo que está dentro de sí, que es la glorificación de su cuerpo, de lo que está fuera de sí, que es la compañía de los Ángeles y hombres. Dios apacientará á todos los sentidos espirituales con una delectación inefable; porque él ha de ser el objeto de todos, porque será á la vista espejo, al oído cítara, al gusto miel, bálsamo al olfato, flores al tacto. Allí estará la claridad de la luz del estío, la amenidad del verano, la abundancia del otoño, y el sosiego del invierno.*

## § II.

El principal gozo de los bienaventurados es de Dios, el cual está junto con la posesión del mismo Dios, que ven cómo es en sí claramente; porque así como dijimos que lo honroso, lo útil y deleitable no se apartan en el cielo, así también tiene el alma bienaventurada tres dotes inseparables y esenciales á aquel estado bienaventurado, y corresponden á estos tres géneros de bienes. Estos dotes llaman los teólogos visión, comprensión y fruición, los cuales declararemos ahora. El primero es la vista clara de Dios, que se la da al justo por premio de sus merecimientos, con lo cual recibe una honra incomparable, pues son remuneradas sus obras y virtudes delante de todos los Ángeles, no con menor corona y galardón que el mismo Dios; el segundo es la posesión que tiene el alma de Dios, como herencia y riquezas suyas; el tercero es el inefable gozo que acompaña á la vista y posesión de Dios. La grandeza de este gozo no hay lengua que la pueda declarar, ni creo que lo podrán hacer los mismos bienaventurados que lo experimentan, aunque hablasen con lengua de Ángeles; pero no es bien que dejemos de considerar y admirar lo que alcanza nuestra rudeza. Tiene dos cosas muy singulares este gozo, por las cuales se puede conocer su inmensidad: la primera, que es tan fuerte y poderoso que excluye todo mal, pena y dolor: esto solo es tan grande bien, que le tuvieron muchos filósofos por la bienaventuranza del hombre; y así escribe Cicerón (2) que Jerónimo Rodio, insigne filósofo y de gran escuela, á la cual se llegó Diodoro peripatético, hablando del fin último y sumo bien, enseñó que era carecer de dolor, juzgando estos filósofos que no tener mal alguno ó pena era el mayor

(1) Albert. Mag. Comp. Theol. l. 7, c. 31. I Cor. II; Isai. LXIV. — (2) De finibus, et 5 Tusc.

bien de todos: error fue pensar que este era el sumo bien; porque no es sino efecto suyo, por ser tan poderoso el amor y gozo que nace de la vista clara de Dios, que bastara para convertir al infierno en gloria: y si al mas atormentado que hay ahora en los infiernos se le añadiesen á él solo todos los tormentos de los demás hombres y demonios, y se le diera luego Dios á conocer, bastaba solo su vista clara, aunque fuera en el grado mas pequeño, para quitarle todos los males de culpa y pena, de suerte que no sintiera pena ni dolor alguno, arrebatada su alma de aquella inefable hermosura que veía. ¡ Oh cuán fuerte gozo es aquel que echado en tan gran abismo de tormentos los alivia todos! ¡ Qué fuerza sería la de aquel fuego que con una chispa sola abrasase el mar Océano! No hay gozo en este mundo que pueda suspender el dolor de uno que le aserrasen un dedo; pero aquel gozo de Dios es tan inmenso, que quitará todos los tormentos y penas de la tierra y del infierno, con ser mas fuertes los dolores para quitar los gustos que los gustos son poderosos para suspender los tormentos: porque uno que está con un vehemente dolor no hay entretenimientos ni gustos que le consuelen; y á grandes gustos, y muchos, un dolor basta para ahogarlos. Con todo esto, es tal la grandeza de aquel gozo soberano, que él solo basta para anegar todos los dolores y tormentos, y no hay tormentos en el mundo que á él puedan disminuir.

La otra maravilla en que se descubre la grandeza de este gozo es la multitud de gozos que causa y nacen de él, como de fecundísima raíz. ¿ Á quién no espanta que redunden tantos y tan maravillosos efectos en el cuerpo del bienaventurado, causados de la bienaventuranza del alma? porque es tan soberana aquella vision beatífica que con inefable gozo ocupa al espíritu, que hace que prorumpa el cuerpo en tan notable demostracion, como son llenarse de hermosura y claridad con los demás dones de gloria. Efecto tan prodigioso no puede ser sino porque es suma aquella bienaventuranza y gozo del alma, con la cual no solo el alma, sino el cuerpo, se llena de gozos. Acá vemos que un grande gozo no lo puede disimular el corazón, sino que redundá en el cuerpo con alguna señal; pero son tan pequeñas las de los gozos de la tierra, que no suelen hacer mas que serenar ó alegrar el rostro, sin añadirle otra hermosura; pero como la vista de Dios sea de tan inmenso gozo, muda totalmente al cuerpo, volviéndole hermoso como un Ángel, resplandeciente como el sol, inmortal como el espíritu, é impasible como Dios, obrándose grandes milagros y prodigios en la carne flaca por la sobra y redundancia de lo que el espíritu gusta, que no puede ser sino inefable gozo. ¡ Oh quién pudiera poner delante de los ojos de todo el mundo un cuerpo de un bienaventurado con todos sus cuatro dotes de gloria, lleno de claridad, resplandores y hermosura, esparciendo de sí una suavidad mas regalada al sentido que el ámbar y algalia, y las cosas mas apreciables de la tierra, para que viesen los hombres por esta sombra

cuán inmensa será la luz y gozo de aquella alma que así hermoseó á la carne! ¿ Cómo estará el espíritu bañado de gozo, pues así llenó al cuerpo de rayos de hermosura y luz? ¡ Oh mortales! ¿ por qué apeeteceis otro gusto con daño de vuestro cuerpo y alma, y no codiciáis este con provecho y gloria de entrambos? ¡ Oh cuán diferentes son los gustos temporales de los eternos! Los gustos temporales, principalmente los ilícitos, son dañosos al alma, porque la afean y la matan, y perjudiciales al cuerpo, porque le enferman y corrompen; pero este gusto de Dios y gozo eterno al alma y cuerpo hermosea y esclarece, dando al alma hermosura, y al cuerpo inmortalidad y hermosura.

§ III.

Finalmente, cuantos gozos tienen los bienaventurados en el alma y cuerpo, que son innumerables, se originan de este inefable gozo de la vista clara de Dios nuestro Señor; y ¿ cómo podía ser menos el gozo que causa el mismo Dios, dándose á gustar al hombre el que es la dulzura y hermosura del mundo, y mas siendo el mismo gozo de que se goza Dios, y basta para ser bienaventuranza suya? Porque no sin gran misterio en aquellas palabras con que admite el Señor en el cielo al que le fuere siervo fiel se dice: *Entra en el gozo de tu Señor*. No dice solamente: entra en el gozo; sino añade, para determinar su grandeza, diciendo que es el mismo gozo de Dios con que es bienaventurado, y verdaderamente no se podía declarar mejor la inmensidad de este gozo. Para lo cual se advierte que no hay cosa en este mundo que no tenga por fin alguna perfeccion, y que las que son capaces de sentido y conocimiento tienen particular gozo en su perfeccion; y así este gozo es mayor en ellas, al paso que es mayor su perfeccion, pues como la perfeccion divina es infinitamente mayor que la de todas las criaturas, el gozo de Dios, que es de sí mismo, porque no tiene otro fin ni perfeccion distinta, de sí es infinito, y mayor que el de las demás cosas. Pues la gran liberalidad de Dios y bondad infinita ha querido hacer participantes á las almas y Ángeles santos de esta su felicidad y bienaventuranza propia y especial de Dios, comunicándosela á los justos segun sus merecimientos, aunque á la naturaleza de ellos no le era debido; y así el gozo que tienen los Santos de gozar de la vista clara de Dios, en que consiste la bienaventuranza del mismo Dios, es inefable; y todo cuanto se dijere de este gozo es cortedad é ignorancia, y en su comparacion cualquier otro contento y dulzura se puede tener por ajenjos, hieles y acibar amarguísimo, pues es particular de la bienaventuranza de Dios.

Fuera de esto, cuanto el objeto deleitable mas se une á su potencia, mas deleite y gozo causa en ella; y como con la vista clara de Dios en aquella bienaventuranza eterna se une Dios al alma con los lazos y abrazos mas íntimos que puede haber en pura criatura, y Dios sea el obje-

to mas deleitable que hay, viene á ser aquel gozo, que causa, inefable y mayor incomparablemente que todos los gozos posibles é imaginables que pueden causar las criaturas, no solo las que hay ahora, sino las que son posibles: porque así como la perfeccion divina encierra en sí todas las perfecciones de las cosas criadas posibles é imaginables, todas sus bondades, apacibilidades, dulzuras, amenidades, bellezas, suavidades y gracias, y cuanto puede dar gusto y causar gozo; así el gusto, que causa á los Santos del cielo solo Dios, es mayor que cuantos otros gustos hay, hubo y pudo haber. ¡Qué suavidad y gozo será gozar la infinita hermosura del Criador con todas sus infinitas perfecciones! Si por la hermosura de Elena se dijo que era poco pelear diez años, y derramar todo este tiempo la sangre; si por la hermosura de Raquel le pareció á Jacob poco servir como esclavo catorce años, ¿qué trabajo nos puede parecer mucho por llegar á gozar de Dios, que es tan hermoso, que en su comparacion lo mas hermoso es feo (1)? Hermosísimo era Absalon, y causaba alegría y gozo con su vista; pero si estando mirando á Absalon viniera otro mas hermoso diez veces que él, luego al punto le miráramos apartando los ojos de Absalon; y si viniera otro tercero cien veces mas hermoso, dejáramos luego de mirar al primero y segundo, y claváramos en él los ojos con tanto mayor gusto, cuanto era mayor su hermosura; y si luego viniera otro cuatro mil veces mas hermoso que el tercero, tambien nos olvidáramos de este, y fijáramos en aquel la vista mil veces con mas gusto: y á este paso cuantos viniesen mas y mas hermosos, mas los miráramos y admiráramos con mayor gusto y contento. Pues como Dios sea infinitamente mas hermoso que cuanto podemos ver ó pensar, aunque criara otras cosas cien mil veces mas hermosas que las que podemos imaginar, es incomparablemente mas deleitable su hermosura que cuanto puede deleitar; y mas no estando sola la hermosura, sino acompañada con toda perfeccion perfectísima, sin medida ni término, con sabiduría infinita, omnipotencia, santidad, liberalidad, bondad, y cuanto es posible imaginarse de bueno, hermoso y perfecto; y así arrebatará luego el corazon de quien le ve, para admirarle y amarle necesariamente, aunque fuese antes su enemigo: lo cual es otro argumento del gozo que causa su vista, pues puede tanto en la voluntad de quien le viere, que necesariamente le convierte á sí con amor intensísimo, aunque antes le aborreciese; porque el gozo ha de ser igual con este amor que causa. Si hubiera ahora en el mundo un hombre tan sábio como un Ángel, ó como lo fue Salomon, deseáramos verle, como la reina Sabá deseó ver á Salomon: pues ¿qué si ese hombre tan sábio fuese tambien tan fuerte como Hércules y Sanson, tan virtuoso como Judas Macabeo y Alejandro Magno, tan benigno y manso como David, tan amigo de sus amigos como Jonatás, tan liberal como el emperador

(1) Carthu. art. 67 de nov.

Tito, y juntamente mas hermoso que Absalon? ¿Quién no amara y deseara ver y tratar con persona tan rara y amable? ¿Cuán contento viviera quien fuera su privado y amigo? ¿Cómo no amamos y deseamos mucho ver á Dios, en quien están juntas todas estas perfecciones y gracias infinitamente mayores, y las hemos de gozar nosotros mismos, holgándonos de su infinita hermosura, sabiduría, omnipotencia, benignidad, bondad, amor, liberalidad, y todos los demás atributos divinos, como si fueran nuestros?

¡Oh cuán grande y deleitoso teatro será ver á Dios como es en sí, con todas sus infinitas perfecciones, y con todas las perfecciones de todas las criaturas que contiene en sí con eminencia! ¿Qué espectáculo tan agradable fuera para uno, si de una vez le mostraran cuantas cosas de gusto y admiracion ha habido? Si le metieran en un campo, en el cual estuvieran las siete maravillas del mundo con que apacentara los ojos, y todos los regaladissimos banquetes que hizo el rey Asuero y los demás reyes de Persia, y los mas raros espectáculos y fiestas que hicieron los romanos, y los árboles mas vistosos y de mas sabrosa fruta que hubo en el paraíso, y las músicas mas sonoras y dulces que pueden inventarse, y los olores mas suaves que se hallan en la India y Arabia, y todos los tesoros que tuvieron Creso y Darío, y todos los emperadores de Asiria y Roma, ¿qué maravilla fuera ver tantos gustos juntos? ¿Quién no se tuviera por dichoso, si le hicieran entrega de todo esto por cien años que le asegurasen de vida? Pero no digo si le diesen esto solo, sino tambien todo cuanto grande y gustoso habrá en el mundo, con todos cuantos gustos, contentos y perfecciones han tenido todos los hombres y tendrán hasta la fin del mundo: toda la sabiduría de Salomon, Platon y Aristóteles, la fortaleza de Sanson, la hermosura de Raquel y Ester, si se le dieran á uno, no tiene que ver, y seria todo asco y amargura, comparado solo con el gusto que habrá en ver á Dios eternamente; porque en él solo se verá un teatro de bienes y grandezas en que están todas las de las criaturas juntas; en él se hallará lo rico del oro, lo ameno de los prados, lo resplandeciente del sol, lo sabroso de la miel, lo deleitable de la música, lo hermoso de los cielos, lo suave del ámbar, lo apacible de todo sentido, y cuanto hay que admirar y gozar.

Allégase á esto que este inefable gozo de la vista de Dios, con ser tan inmenso, es tambien innumerable, porque se multiplica en tan infinito número como han de ser los espíritus y almas que verán á Dios; porque de la vista de cada uno de los bienaventurados ha de tener cada uno un particular contento y gozo, y como los bienaventurados hayan de ser innumerables, serán tambien innumerables los gozos de cada uno, como dice san Anselmo por estas palabras (1): *¡Con cuánto gozo estará lleno el justo! Pero para el colmo de la bienaventuranza tendrá otra cosa de*

(1) Anselm. l. de Simil. cap. 71.

donde aun tenga que gozarse mas ; porque cada uno amará al otro como á sí mismo , y está claro que así se holgará de la bienaventuranza del otro como de la suya. Segun esto , ¡ cuántos y cuán grandes gozos alcanzará cada uno , que se regocijará de tantas y tan grandes bienaventuranzas de los Santos ! Y si tanto se holgará del bien de los otros , que ama como á sí mismo , ¿ cuánto se holgará de Dios , á quien ama sobre sí mismo ? Finalmente , estará el bienaventurado rodeado de un mar de innumerables gozos que le llenará todas sus potencias y sentidos , no de otra manera que si una esponja que tuviese tantos sentidos del gusto como ojelos y poros tiene la metiesen en un mar de leche y miel , gozando con mil bocas toda aquella suavidad y dulzura. Dios es para el bienaventurado un mar de leche y un piélagos todo de miel , un abismo de dulzura y un océano de gozos inefables. Alegrémonos los cristianos , que nos ha prometido tan grandes bienes. Regocijémonos , que el cielo se hizo para nosotros , y la esperanza de tan grandes gozos destierre toda tristeza de nuestro corazon. Escribe Paladio del abad Apolo (1) que si veia alguno de sus monjes triste , luego le reprendia diciendo : Hermano mio , ¿ por qué nos afligimos en vanas tristezas ? Aflijanse , melancolicense aquellos que no tienen esperanza de ir al cielo ; no nosotros , pues Cristo nos ha prometido la bienaventuranza de la gloria. Esta esperanza nos regocije , y este gozo nos aliente , y empecemos á gozar de lo que siempre hemos de gozar ; porque la esperanza , como dijo Filon , es un gozo antes del gozo. En esto solo habíamos de pensar , apartando los ojos de todo bien y gusto de la tierra. El profeta Elias una vez que gozó un destello de aquel gozo celestial luego cerró las ventanas de los sentidos , tapándose los ojos , oidos y todo el rostro con su capa. Tambien el abad Silvano , cuando salia de su oracion , se tapaba los ojos , pareciéndole que ni eran dignas de ser vistas las grandezas de la tierra , cuanto menos de gozarlas , respecto de las del cielo , en cuya esperanza sola nos habíamos de gozar.

## CAPÍTULO V.

*Cuán dichosa es la vida eterna de los justos.*

Bastaba lo dicho para que echásemos de ver cuán dichosa y bienaventurada ha de ser la vida eterna de los justos ; pero son tantos sus gustos y dichosísimas dichas , que es fuerza alargar mas esta materia. Por esto cuando los hebreos querian significar á un bienaventurado , no decian en singular el bienaventurado , sino en número plural le llamaban las bienaventuranzas ; y así cuando se da principio al libro de los Salmos con esta palabra (2) : *Beatus* , en el hebreo está *beatitudines* , esto es , las bienaventuranzas , llamando así al que es bienaventurado , y por cierto

(1) Palad. Histor. cap. 31. — (2) Psalm. 1.

con mucha razon ; porque con cuantas potencias y sentidos tiene goza de otras tantas bienaventuranzas. En el entendimiento tiene bienaventuranza , en la memoria tiene bienaventuranza , en la voluntad tiene bienaventuranza , en los ojos tiene bienaventuranza , en los oidos tiene bienaventuranza , en el olfato tiene bienaventuranza , en el gusto tiene bienaventuranza , en el tacto tiene bienaventuranza ; y son tantas las bienaventuranzas de aquella vida bienaventurada , que faltarán sentidos para ellas , porque mas serán los gozos que allí tendrá que poros tiene el cuerpo. Es aquella vida verdaderamente vida eterna , total y perfectísima ; y así cuanto tiene de vida el hombre , ha de vivir allí con su perfeccion última y bienaventuranza perfecta. Vivirá allí el entendimiento con una sabiduría soberana , vivirá la voluntad con un amor encendido , vivirá la memoria con una inmortal representacion de todo lo pasado , vivirán allí los sentidos todos con continua delectacion de sus objetos , vivirá todo cuanto hay en el hombre , y todo será gustos , gozos y bienaventuranzas : y dando principio por el gozo y vida del entendimiento , fuera de aquel sumo y claro conocimiento de Dios , del cual ya hemos hablado , le darán una suma sabiduría , por la cual conozca todos los misterios divinos é inteligencia de los Libros sagrados. Conocerán cuántos Ángeles hay y hombres bienaventurados , como si fueran uno solo ; conocerán los secretos de la divina Providencia ; conocerán cuántos condenados hubiere , y las causas por que se condenaron ; conocerán toda la máquina del mundo , todo el artificio de la naturaleza , todos los movimientos de los astros y planetas , todas las propiedades , plantas , aves y animales , y no solo conocerán las cosas criadas , sino muchas de las que podia criar Dios. Todo esto conocerán clara y distintamente , aunque lo conocerán juntamente sin embarazarse nada. Esta será vida del entendimiento , que se cebará en verdades tan altas y tan ciertas ; esta será verdadera sabiduría , porque la que alcanzaran los mayores sábios y filósofos del mundo , aun de las cosas naturales , está llena de ignorancias , engaños y sombras ; porque no pueden conocer ninguna sustancia como es en sí , sino por la corteza de los accidentes. Por rústico y simple que sea uno , en llegando al término deseado de la gloria , se llena de una sabiduría tan grande , que en comparacion de ella es rustiquez la sabiduría de Salomon y Aristóteles. Escribe Ludovico Blosio (1) que habiendo fallecido una doncella muy simple , se apareció despues de muerta á santa Gertrudis , y la empezó á enseñar cosas altísimas. La Santa , maravillada de tanta ciencia y sabiduría en persona tan ignorante y simple , la dijo : ¿ De dónde sabes tú todas estas cosas que me dices , pues eras acá tenida por simplicísima ? La virgen la respondió : Desde que ví á Dios supe todas las cosas. Con mucha razon dijo san Gregorio (2) : *No se ha*

(1) Blosius de Monil. spirit. cap. 14. — (2) S. Greg. Non credendum est, Sanctis, qui intus claritatem Dei vident, aliquid foris esse, quod ignorent.